

EL DIOS DEGOLLADOR

José Antonio Domínguez Garrido

Dedicado a mi fiel lectora
Vicky Medina Conradi,
cuyos ánimos son un acicate
para continuar escribiendo

Todos los derechos reservados

Registro 2015 1510065397131

Una presentación

Bienvenido a estas páginas, estimado lector. Y a estas alturas, un ruego. Esta modesta obra está basada en la mitología desarrollada en uno de mis libros anteriores, el Décimo Círculo. Si no has leído dicha obra, te pido que cierres este ebook y lo busques donde has descargado este volumen. Por supuesto, también es gratuito.

Hay tres razones importantes para hacerlo. La primera es que te perderías un libro entretenido, con buenas críticas y que aún se mantiene en el top ten del género de terror de Google Books, con más de cincuenta mil descargas. La segunda es que vas a tener muchas lagunas cuando acometas esta lectura, y te encontrarás desconcertado ante algunas situaciones. La tercera, es que la novela incluida en estas crónicas, “Amedée Lemoire”, es la historia del descenso a los abismos de Amy, una de las protagonistas de El Décimo Círculo.

Bien, llegados a este punto, espero que hayas terminado la lectura que te he recomendado. Y no, esta no es la segunda parte de la obra anteriormente comentada. La continuación verá la luz a finales del 2016, y debería de ser una obra más densa, aunque no menos interesante. Puedes tener cumplida información en mi página de Facebook <http://xurl.es/gxzn6> o, lo que es lo mismo, José Antonio Domínguez Garrido escritor.

Bien, dejemos atrás la autopromoción y pasemos al libro en sí, ese que tiene entre manos. En un principio, pensé en hacer una edición ampliada de El Décimo Círculo, e incluir un relato sobre la conversión de Amy. Así que, siguiendo algunos detalles del volumen anterior, situé los acontecimientos en Francia, durante la Revolución Francesa. Es un periodo muy seductor, con innumerables acontecimientos y protagonistas fascinantes; una época de cambios en Europa, en la filosofía y la sociedad. Pero he aquí que el desarrollo del relato creció, se hizo rico en tramas y personajes, hasta llegar a ser una novela corta. Cuando advertí lo que iba a ocurrir, decidí presentarla entonces en una edición independiente. Y como tengo la costumbre de enredarme a mí mismo, no hablemos ya de las tramas, conferí también la idea de un relato posterior a la fecha de los acontecimientos de El Décimo Círculo, “El Dios Degollador”, donde se adelantaran algunos acontecimientos presentes en la tan esperada continuación –muy deseada también por mí, porque soy realmente perezoso para escribir, y el libro no va a bajar de las cuatrocientas páginas en formato kindle.

Así que aquí tienen, una novela corta y un relato, pertenecientes a lo que he denominado Crónicas de El décimo Círculo.

Espero que disfruten de la lectura.

Amédée Lemoine

Veinticinco de Agosto de 1792

Habían transcurrido dos días desde su llegada a París, y aún paseaba con un pañuelo empapado en perfume, gracias al cual aliviaba, llevándoselo a su coqueta nariz, los olores derivados de los desechos de todo tipo que se acumulaban en las calles.

Seiscientas mil almas, aglutinadas en gran medida en vías estrechas, viviendo en edificios húmedos y mal ventilados. No había dejado la provinciana pero hermosa Avignon para recalar en un lugar así. El esplendor de Versalles estaba más lejos que nunca, y con el rey preso en el castillo de El Temple, sus ansias de medrar en una futura corte se habían deshecho.

Desde la distancia de su ciudad natal, había oído rumores de que Luis XVI, después de acatar la constitución revolucionaria, mantenía una pequeña corte. En sus ilusos sueños, Amédée Lemoine había confiado en integrarse en ella. Al precio que fuera, incluido el de compartir la alcoba del monarca.

No en vano, era joven y atractiva. Veinte años radiantes, una cabellera pelirroja que parecía dibujada por el mismo Fragonard, y un fino rostro diseñado por Delanois, tal era su perfección. Para culminarlo, unos ojos azules iluminaban un rostro níveo y sin

mácula, en una época en la que el sarampión, la escarlatina o la viruela dejaban desagradables cicatrices.

Vestía un *pirrot* azul y beige, con un generoso escote que mostraba temerariamente la forma de sus senos. Una falda de muselina, con estampados a juego con los colores de la prenda anterior, completaba el atuendo. La suave urdimbre resbalaba libre por sus caderas pues, siguiendo la moda que había aparecido tras la revolución, había prescindido del aparatoso guardainfante. Estos cambios en las prendas le hacían encolerizarse en su interior, pues no tenía capital para poder renovar su vestuario, así que se había limitado a realizar algunos apaños en su escaso guardarropa.

Había encontrado una pensión cerca del teatro Odéon, próximo a la orilla del Sena y los jardines de Luxemburgo, que podría permitirse pagar durante un par de meses, gracias a sus ahorros. Pero transcurrido ese tiempo, quedaría en la indigencia si no encontraba una posición adecuada.

Al doblar una esquina se encontró con un tumulto; el populacho se había arremolinado alrededor de una casa de tres plantas, indudablemente propiedad de algún opulento comerciante, y gritaban consignas revolucionarias. Amédée se reclinó sobre una pared, esperando pasar inadvertida mientras intentaba orientarse entre aquellas laberínticas calles.

Dos soldados salieron de la casa, llevando con ellos un tipo robusto de mediana edad y, ante la sorpresa de éste, que esperaba ser sometido a un juicio y defenderse durante el proceso, fue entregado a la multitud, que lo recibió con gritos e insultos, tirándolo al suelo y cosiéndolo a patadas. La joven

apartó la mirada de aquella escena, que estaba tiñéndose de sangre, y comenzó a alejarse disimuladamente del lugar.

Había oído hablar de los linchamientos públicos, pero hasta ahora no había presenciado ninguno. Al sentimiento de repugnancia y miedo, se le unió una cierta curiosidad, y miró de reojo a la turba aullante, llevada ahora por una malsana excitación. Pero tal gesto fue suficiente para que varios sujetos se fijaran en ella, y la siguieran con rapidez.

-¿Dónde vas tan elegante, pajarito? –surgió tras ella una voz entre un coro de risas. Los pasos cada vez estaban más cerca, y un sudor helado comenzó a apoderarse de ella.

Una mano firme la sujetó del antebrazo y la hizo detenerse con brusquedad. Se encaró con aquél hombre, alto y corpulento, que vestía una casaca remendada con toscos zurcidos, y un gorro frigio que alguna vez fue negro, pero que ahora lucía un gris desvaído. Detrás de él, un jovenzuelo vistiendo unos *santsculottes* deshilachados y unos zuecos, y una mujer en torno a la treintena, cuyas orondas formas sobresalían en el ajustado vestido de algodón que llevaba.

-¿Eras la amante del comerciante? Ya ves que se te acabó la bicoca –sentenció el tipo que la aprisionaba, cuyos ojos se perdían en el escote de la pelirroja.

Amédée sabía que no serviría de nada negar la relación que le atribuían, y que no podía eludir lo que ocurriría a continuación; la golpearían, la vejarían y le robarían todo lo de valor. Luego, la llevarían a algún rincón escondido, para que sus compañeros pudieran seguir abusando de ella. Con algo de suerte, la muerte llegaría pronto. Vio desplomarse sus sueños como el telón de un escenario después de una mala obra.

La mujer la tomó de la manga del jubón y tiró con fuerza, desgarrando una fina tira de encaje. Luego la sostuvo frente a ella, como un trofeo.

-No podemos permitir que las putas de los traidores se paseen con ropas de seda –justificó mientras reía, y enseñaba una deteriorada dentadura.

Cuando el hombre corpulento se abalanzó hacia la joven para arrastrarla con ellos, un bastón se interpuso entre ambos

Amédée contempló atónita una larga pieza de madera labrada, cuyo puño mostraba la detallada figura de un perro con tres cabezas. Todos volvieron la vista hacia el sujeto que lo esgrimía.

Era de mediana estatura y cabello oscuro ondulado. Una discreta perilla le daba un aire juvenil, aunque debía superar los treinta años con creces. Vestía una chaqueta larga con el cuello alto, de color negro, y unos pantalones beige acompañados por unas botas marrones de profuso tacón.

-Creo que la señorita está asustada –se permitió decirle a los pillos

-Quizás tú también te asustes cuando llamemos a los demás – dijo la mujer, escupiendo saliva mientras hablaba, y señalando a la turba que estaba terminando de aplastar los huesos del comerciante.

-Entonces tendríais que compartir esto con ellos – afirmó el intruso, mientras sostenía ante ellos un Luis de oro. La moneda relució ante el sol del mediodía, sacando destellos en su superficie dorada.

Los tres arribistas se quedaron con la boca abierta, sin saber qué decir en un primer momento. Amédée contempló atónita a su salvador, que no apartaba la vista de sus agresores, y tuvo la sensación, por un instante, que aquellos ojos se tornaban oscuros como la noche, que inducían a los más viles pecados, a la condenación eterna. Aunque ella estaba en ese momento fuera de su campo de visión, sintió el reflujo de una codicia sin límites, la ambición por aquella moneda de oro, la seguridad de que, al conseguirla, sus problemas estarían resueltos de una vez por todas.

El hombre corpulento intentó agarrar el metal dorado, pero le bastó al recién llegado un juego de manos para engañarlo y apartarlo de su alcance. Finalmente, arrojó la moneda detrás del grupo, y el tintineo sobre el empedrado hizo que se lanzaran a buscarla, olvidándose de Amédée. Los tres se arrojaron sobre el Luis de oro, y comenzaron de inmediato una feroz lucha por su posesión.

Sintió cómo alguien la tomaba suavemente de la mano; era el recién llegado, que le dedicó una sonrisa seductora.

-Marchémonos de aquí, *mademoiselle*. Lo que vendrá a continuación no está hecho para los ojos de una dama.

Mientras se alejaban, Amédée volvió la vista atrás sólo un instante, el suficiente para ver cómo aquellos que la habían amenazado se enzarzaban entre ellos en un combate feroz, donde se mordían y golpeaban con saña. Sin embargo, aquella escena le producía una morbosa curiosidad, que sólo cesó cuando doblaron una esquina y dejaron atrás la calle. Pero pudo ver antes cómo la mujer, con la cara desgarrada y la mandíbula

desencajada, hundía sus uñas en los ojos del más corpulento de ellos. Aquello le produjo una rencorosa satisfacción.

Su salvador alzó la mano y paró un carruaje.

-A la *rue Bellechasse*, en el *faubourg Saint-Germain* –indicó al cochero, mientras le abría galantemente la puerta a la joven. Se sentó con coquetería calculada, mientras el extraño lo hacía frente a ella, sonriendo enigmáticamente, con sus dos manos apoyadas en la empuñadora del bastón.

-Disculpad, *mademoiselle*, que no me haya presentado, pero creo que la premura de su situación daba lugar a la acción y no a la cortesía. Mi nombre es Dimitri Shavilev – indicó mientras inclinaba la cabeza una vez el carruaje se puso en marcha.

- Amédée Lemoine –respondió, mientras le tendía la mano. Su acompañante la tomó con suavidad y la besó con la elegancia que exigía la etiqueta. Sintió un leve cosquilleo, como si una corriente galvánica recorriera su cuerpo.

-Encantado de conoceros –afirmó mientras soltaba sus dedos, lo que ella aprovechó para cruzar sus manos sobre el regazo.

-Quisiera hacer constar que os estoy muy agradecida por vuestra intervención. Realmente me encontraba en un apuro con esos villanos. Sobre su nombre, ¿Acierto si adivino que es polaco?

Inmediatamente Amédée supo que se había equivocado en su presunción, ante el gesto torcido que, durante un instante casi imperceptible, adornó la faz de Shavilev, aunque de inmediato retornó la simpatía a su rostro.

-Casi acertáis, *mademoiselle*, pero no. Soy ruso, de la ciudad de Smolenk, aunque sí es verdad que en un tiempo se encontraba

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

